


La verdadera historia  
del grupo de pequeños  
inversores, trolls y  
antisistema que  
puso de rodillas  
a Wall Street



**La  
red  
antisocial**

**Ben Mezrich**

Traducción de  
Mercedes Vaquero

**DEUSTO**

# La red antisocial

La verdadera historia del grupo  
de pequeños inversores, trolls  
y antisistema que puso de rodillas  
a Wall Street

**BEN MEZRICH**

Traducción de Mercedes Vaquero Granados



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Antisocial Network*

© Ben Mezrich, 2021

© de la traducción: Mercedes Vaquero, 2022

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2022

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-234-3292-9

Depósito legal: B. 2.010-2022

Primera edición: marzo de 2022

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Black Print CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

Nota del autor . . . . .	9
--------------------------	---

## PRIMERA PARTE

Capítulo uno . . . . .	15
Capítulo dos . . . . .	20
Capítulo tres . . . . .	29
Capítulo cuatro . . . . .	38
Capítulo cinco . . . . .	51
Capítulo seis . . . . .	61
Capítulo siete . . . . .	69
Capítulo ocho . . . . .	79
Capítulo nueve . . . . .	89
Capítulo diez . . . . .	95
Capítulo once . . . . .	102

## SEGUNDA PARTE

Capítulo doce . . . . .	115
Capítulo trece . . . . .	120
Capítulo catorce . . . . .	126

Capítulo quince .....	135
Capítulo dieciséis .....	146
Capítulo diecisiete .....	153
Capítulo dieciocho .....	163
Capítulo diecinueve .....	171
Capítulo veinte .....	180
Capítulo veintiuno .....	186
Capítulo veintidós .....	196

### TERCERA PARTE

Capítulo veintitrés .....	209
Capítulo veinticuatro .....	219
Capítulo veinticinco .....	229
Capítulo veintiséis .....	235
Capítulo veintisiete .....	238
Capítulo veintiocho .....	255
Capítulo veintinueve .....	259
Después .....	265
Agradecimientos .....	269

## Capítulo uno

---

*26 de enero de 2021*

Las 16.08 horas.

Una oficina con paredes acristaladas situada en el vigesimosegundo piso de un rascacielos de la avenida Madison. Desolada, vacía, luz tenue, las mesas de operaciones desocupadas, alineadas y sin vida, como guerreros de terracota de alta tecnología, las sillas en su sitio y los terminales Bloomberg apagados. Un lugar que un año antes habría desbordado de actividad; el palpitante corazón sito en el centro de uno de los fondos de inversión de alto riesgo más poderosos y de mayor éxito del mundo. Ahora, silencioso, junto con todas las demás oficinas en todos los demás rascacielos del alfiletero que era Nueva York.

A casi 2.000 kilómetros de distancia, unido a ese núcleo durmiente por un sistema circulatorio de torres de telefonía móvil, satélites y cables de fibra óptica que de alguna manera aún funciona, el mundo de Gabe Plotkin tocaba a su fin.

«Esto no puede estar pasando.»

Tenía empapada la camisa Oxford confeccionada a medida, y la corbata parecía un nudo corredizo alrededor del cuello, moviéndose arriba y abajo con cada latido exagerado de su pulso, que se aceleraba con rapidez. Ya se había quitado la chaqueta,

que colgaba de un lado de la silla, aunque eso no había supuesto ninguna diferencia. Si en lugar de en esa habitación de la casa que había alquilado en Florida durante la pandemia, hubiera estado sentado a su mesa de la oficina de la avenida Madison, fuera del ventanal que tenía detrás habrían estado a bajo cero —el tipo de vista reservada generalmente para banqueros de Wall Street y que seguía siendo asombrosa a pesar del escaso tráfico que serpenteaba por el alfiletero del centro de la ciudad y entre las aceras vacías debido a la COVID-19—, y habría bajado la calefacción lo máximo posible.

Pero en Florida, regueros de sudor le corrían por la nuca y humedecían las costuras de sus calcetines de llamativo diseño.

«Imposible.»

Mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador que tenía delante, Gabe tenía los ojos llorosos. El gráfico que veía era inconcebible y, sin embargo, ahí estaba, una escarpadísima montaña que se alzaba como el Everest allí donde no debería haber ninguna. Mientras miraba —en la parte inferior de la pantalla los segundos transcurrían, representando mediante gráficos los primeros minutos de las operaciones fuera de horario en una tarde de martes que, por lo demás, no tenía nada de especial—, la montaña incluso crecía delante de sus ojos, de forma exponencial, cada vez más empinada, amenazando con salirse de la parte superior de la maldita pantalla.

«¡Qué desastre!»

Desconcertado, Gabe se recostó en la silla. Ya había visto antes operaciones que se iban al traste; qué diablos, llevaba en el negocio el tiempo suficiente para saber que las empresas que cosechan éxito de verdad se definen por la forma en la que afrontan posiciones fallidas, no por cómo lo celebran cuando las cosas van bien. Como todo buen operador, había aprendido esa lección por las malas.

S.A.C. Capital Advisor, de Steve Cohen, había contratado a Gabe hacía catorce años. En aquel momento, S.A.C. era uno de los gigantes financieros más famosos de Wall Street, con 16.000 millones de dólares bajo su gestión. Antes de verse involucrado en un escándalo de uso de información privilegiada en 2013, era

el fondo de inversión de alto riesgo de mayor rendimiento de su época. Durante la primera mitad de 2007, Gabe comenzó una carrera meteórica en S.A.C., convirtiendo un fondo de 450 millones de dólares en un tesoro de 1.000 millones, señalándolo como uno de los mejores operadores de Wall Street. S.A.C. empezó a darle cada vez más dinero para que lo invirtiera cuando, de repente, las posiciones de Gabe se habían enredado en un sube y baja hasta despeñarse. Al final de aquel verano, había perdido el 80 por ciento de sus inversiones. Fue un momento existencial: muchos operadores habrían claudicado. Pero Gabe demostró su resiliencia. Se levantó, se limpió la sangre de la nariz y se puso un trozo de carne congelada sobre los ojos golpeados y magullados. Aprendió a confiar en su modo de proceder, a reevaluar de forma continua sus posiciones en un entorno que cambia con rapidez. A finales de aquel mismo año había recuperado todo el dinero perdido, y más.

Durante los seis años siguientes, se convirtió en uno de los mejores operadores de S.A.C. Cuando a raíz de la investigación de la Comisión de Bolsa y Valores [SEC, por sus siglas en inglés] que puso a S.A.C. patas arriba —que dejó prácticamente intacto al propio Steve Cohen, pero envió a la cárcel a un par de sus operadores—, llegó el momento de que Gabe abriera su propio negocio, recaudó con rapidez 1.000 millones de dólares, parte de ellos procedentes de la nueva manifestación de Cohen, Point57. Después de eso, Gabe no había vuelto a mirar atrás. Había creado un equipo diverso con las personas adecuadas, que podían operar al más alto nivel, humildes pero dispuestas a trabajar duro.

Entonces, ocho años después, Melvin Capital era uno de los fondos de inversión de alto riesgo más importantes de Wall Street. Desde su creación en 2014, Melvin había logrado una rentabilidad anual del 30 por ciento hasta 2020; en 2020, la empresa había subido un 52,5 por ciento neto. La estrella de Gabe se había convertido en una supernova; según se dice, sólo el año anterior había ganado personalmente más de 800 millones, y estaba recogiendo con rapidez los pertrechos de su creciente posicionamiento en la cima de la hegemonía bancaria. También era propietario minoritario de un equipo deportivo profesional, los



Charlotte Hornets, lo que le convertía en socio de Michael Jordan —«¡Michael Jordan!»—, uno de sus ídolos de infancia. Tenía un lujoso apartamento en el East Side y, por supuesto, una mansión frente al mar de Miami. En realidad, una no había sido lo bastante grande, así que por 44 millones de dólares había comprado dos contiguas con la intención de derribar una para hacer sitio a una pista de tenis, una cabaña y un parque infantil. La propiedad incluía un muelle privado, por lo que Gabe se vio obligado a adquirir un barco, porque ¿de qué sirve un muelle sin una embarcación? De hecho, ¿qué titán de los fondos de inversión de alto riesgo que se precie, con 13.000 millones de dólares bajo su gestión, no tiene un barco?

Pero al mirar la pantalla y ese Everest digital en ascenso, un nauseabundo píxel tras otro, los pensamientos sobre palacios en Miami, partidos de baloncesto con Michael Jordan y muelles privados lamentablemente sin barco estaban lejos de la mente de Gabe.

Lo que estaba viendo no era posible; sin embargo, era inconfundible: a pesar de toda lógica y razón, a pesar de los meses de intensa investigación, a pesar de las numerosas y desmoralizadoras horas de escudriñar informes financieros y de llamadas telefónicas con analistas y expertos, estaba a punto de sufrir la mayor pérdida de su carrera.

Una pérdida tan grande que podría destruir todo lo que había construido. Más que eso, a Gabe le preocupaba que pudiera activar una señal de alarma que resonaría en todo Wall Street, con ramificaciones que se dejarían sentir durante muchos años.

Al parecer, en cuestión de días, Melvin Capital —a la que Gabe había puesto ese nombre en honor a su abuelo, propietario de una tienda de comestibles y uno de los hombres más honestos y trabajadores que había conocido nunca— había perdido casi 5.000 millones de dólares, gran parte de ellos en las últimas veinticuatro horas. Todo ello, en una sola acción de una empresa que era casi demasiado ridícula para nombrarla. Una acción que debería caer en picado y en cambio subía como la espuma.

Gabe, uno de los hombres más poderosos de Wall Street, acababa de ser derrotado por una fuerza invisible. Algo que, pronto

aprendería, crecía en los rincones más profundos y oscuros de las redes sociales: una revolución que disparaba su primera bala a la proa del *establishment*. Y tal vez la mayor indignidad de todo esto era que el tiro de gracia lo había descerrajado hacía sólo unos minutos un único tuit escrito por el mayor troll de internet.

Gabe cerró los ojos. Los pensamientos sobre barcos, Jordan, Miami parpadeaban y se enredaban como imágenes de un rollo de película que se hubiera desprendido del proyector. Respiró profundamente y apagó el ordenador.

Luego tomó el teléfono móvil.